

Los hermanos sean unidos. El americanismo durante la Guerra del Paraguay en Argentina (1865-1870)

Brothers must stand together. “Americanism” during
the Paraguayan War in Argentina (1865-1870)

MARÍA VICTORIA BARATTA

Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani” (Universidad
de Buenos Aires-CONICET) Argentina

victoriabaratta@gmail.com

ORCID ID <https://orcid.org/0000-0003-1179-9260>

Resumen: Este artículo analiza las representaciones del americanismo en el debate político intelectual argentino durante la Guerra de la Triple Alianza. En contraposición al análisis revisionista, observamos que el ideal americano aparece de manera difusa y débil durante la contienda. El americanismo estuvo más ligado a la contemporánea guerra entre Chile y España que al caso de la Guerra de la Triple Alianza. La guerra contra Paraguay puso en evidencia las debilidades y no las fortalezas del discurso americanista en la visión de los actores contemporáneos.

Palabras clave: Americanismo; Guerra de la Triple Alianza; Revisionismo histórico; Paraguay; Argentina.

Abstract: This paper analyzes the representations of “Americanism” in the Argentinian political intellectual debate during the Paraguayan War. In contrast to the popular revisionist approach, we find that the “American” ideal appears in a weak way during the conflict. The idea of “Americanism” was more related to the contemporary war between Chile and Spain. The view of contemporary actors shows that The Paraguayan War reveals more the weaknesses than the strengths of “Americanist” discourse.

Keywords: Americanism; War of the Triple Alliance; Historic revisionism; Paraguay; Argentina.

El (latino) americanismo suele ser una identidad apelada fervorosa y repetitivamente en el discurso de gran parte del arco político argentino contemporáneo. Los estudios latinoamericanos se han establecido en todo el mundo como una temática interdisciplinaria. Este trabajo analiza una cuestión de esa área, pero tiene objetivos más acotados: se inscribe específicamente dentro de la disciplina histórica y apunta al debate sobre el americanismo en un país americano durante un evento clave de la conformación de los estados nacionales. Por americanismo no nos referimos en este trabajo a lo relativo a los Estados Unidos de Norteamérica, como suele entenderse en la acepción en inglés del término, sino a lo relativo, en principio, a todo el continente americano, aunque fundamentalmente a los ex dominios de la Corona española y la Corona portuguesa.¹ No elegimos referirnos a la temática con el término latinoamericanismo por el anacronismo que esto representaría, cuestión que explicaremos más adelante.

La identidad americana estuvo presente en la zona del Río de la Plata desde la época de las independencias. La importancia de esa representación ha sido a menudo analizada para las primeras décadas del siglo XIX. Como resultado del desmembramiento de los virreinos se produjo el proceso de conformación de los estados nacionales de la región. Uno de sucesos clave de este proceso fue la llamada Guerra del Paraguay o Guerra de la Triple Alianza, contienda que enfrentó a cuatro países americanos entre 1864 y 1870; los tres signatarios de la Triple Alianza, el imperio del Brasil, la República Argentina y Uruguay contra Paraguay. Paraguay fue el gran derrotado, sufrió un verdadero colapso demográfico y parte de su territorio fue repartido entre los vencedores luego de que ocuparan el país hasta 1876. Se trató de la guerra más larga y sangrienta de la historia de América Latina y fue protagonizada por los mismos países que en 1991 firmaron el Tratado de Asunción en Paraguay y formaron, así, el Mercosur. Proponemos en este trabajo analizar el debate sobre el americanismo que se produjo en Argentina, uno de los países aliados, durante la guerra contra Paraguay.

En primer lugar, retomaremos algunos antecedentes teóricos, históricos e historiográficos. Luego analizaremos el tópico de la identidad americana en tres momentos clave del debate político durante la Guerra del Paraguay en Argentina: durante los dos primeros años de la contienda –los más álgidos en el debate público–, durante la revuelta de los caudillos federales de 1867 y en la polémica entre el entonces ya ex presidente argentino Bartolomé Mitre y el periodista uruguayo Juan Carlos Gómez hacia el final de la guerra. Tendremos en cuenta la lógica transnacional del conflicto y los sucesos que tuvieron lugar dentro y fuera del lenguaje. Elegimos mantener cierto orden cronológico en la exposición porque creemos que la contingencia tuvo su incidencia en la lógica de la discusión. Finalizaremos con una breve conclusión.

¹ Por este motivo advertimos al lector anglosajón con comillas incluidas en el título y resumen en inglés.

I. ANTECEDENTES

La participación argentina en la guerra como miembro de la Alianza fue determinante. La contienda se originó en un conflicto entre las facciones blanca y colorada de la Banda Oriental, esta última con apoyo del entonces presidente argentino Bartolomé Mitre. El mismo Mitre fue el general en jefe del ejército aliado durante los primeros años de la contienda. Argentina entró formalmente en la guerra cuando, en abril de 1865, Paraguay invadió la provincia de Corrientes y formó un gobierno paralelo. El 1° de mayo se firmó el tratado secreto de la Triple Alianza entre la República Argentina, el imperio del Brasil y Uruguay contra Paraguay. El acuerdo establecía que la guerra no terminaría hasta deponer al presidente paraguayo Francisco Solano López y estipulaba un posible reparto de tierras entre los vencedores. En líneas generales, los territorios en disputa eran, con Brasil, la zona del sur de Mato Grosso y, con Argentina, parte de la zona del Chaco y la actual provincia de Misiones. Aun con resistencias, la leva para formar el ejército en Argentina se realizó de una forma inédita a lo largo de todo el país. El principal adversario político del presidente, el líder federal entrerriano Justo José de Urquiza, cerró filas por primera vez con Mitre y mandó tropas en su apoyo. El presidente argentino tuvo la posibilidad de establecer el cese del conflicto en septiembre de 1866 durante la conferencia que mantuvo con su par paraguayo Francisco Solano López en Yatayti Corá. Sin embargo, el acuerdo de paz no se concretó. A las múltiples resistencias a la leva en Argentina se sumó un levantamiento federal de proporciones considerables que se constituyó en una verdadera guerra civil paralela. El nuevo presidente, Domingo Faustino Sarmiento, electo en 1868, decidió continuar con el conflicto. La República Argentina fue, además, el principal vencedor de la contienda. Logró la conquista de la mayoría de los territorios pretendidos. Asimismo, el estado nacional liberal salió fortalecido. Las resistencias internas y externas parecían haberse acallado definitivamente. La guerra había sido costosa para la Argentina, pero no tanto como para su principal aliado en el conflicto. El imperio brasileño entraba en una fase terminal, en parte por sus débiles finanzas, en parte por la crisis del sistema esclavista y monárquico.

A pesar de la importancia que la Guerra de la Triple Alianza tuvo en el proceso de consolidación del estado nacional argentino (Halperín Donghi 1982) la contienda es poco conocida en ese país y apenas ha sido abordada en las últimas décadas por la historiografía profesional. Los estudios sobre la contienda en Argentina se han caracterizado por la búsqueda obsesiva de las causas, consecuencias, los culpables y los héroes. En un principio, los escritos tuvieron un corte exaltador militarista-mitrista y luego, diplomático (Beverina 1921; Cárcano 1938). Hacia mediados del siglo xx tomó fuerza en Argentina la visión allí denominada, de manera genérica, como revisionista, que, aunque con sus diferencias internas, mostraba a un Francisco Solano López convertido de villano a héroe y a Mitre de héroe a villano (Rosa 1965; Pomer 1968; Galasso 1975; Ortega Peña y Duhalde 1967). La mayoría de los autores de esta corriente quiso demostrar que la guerra había sido un plan imperialista británico

para destruir la economía autónoma paraguaya con la ayuda de los aliados locales. Hace algunas décadas, la historiografía de otros países viene desestimando las hipótesis revisionistas y busca realizar análisis desde perspectivas novedosas. Ricardo Salles (1990) y Francisco Doratioto (2002) en Brasil, Barbara Potthast (2001) en Alemania, Thomas Whigham (2011) en Estados Unidos, Leslie Bethell (1995) en Gran Bretaña y Luc Capdevila (2010) en Francia son algunos de los ejemplos más reconocidos. En Paraguay encontramos los análisis de Herken Krauher y Giménez (1983), Abente Brun (1989), Caballero Campos y Ferreira Segovia (2006), Barreto Valinotti (2013), entre otros. Sin embargo, en Argentina, esta “revisión de la revisión” es todavía muy incipiente. La versión revisionista sigue reeditando sus clásicos con éxito (Ortega Peña y Duhalde 1993; Pomer 2008; Galasso 2011, 2012) y continúa teniendo amplio peso en el inconsciente colectivo (probablemente apoyada en los imaginarios sobre el enemigo de la más reciente guerra por las Malvinas y en la fuerza de las representaciones latinoamericanistas y anti imperiales), en los medios de comunicación, los programas de las universidades y el discurso político.

La Guerra de la Triple Alianza o Guerra del Paraguay, como la denominaron mayoritariamente los revisionistas y como se conoce hoy en Argentina, fue un tópico del que prácticamente todos ellos quisieron hablar. Con diferentes matices, la visión que entendió la guerra como un genocidio perpetrado por el imperio británico para hacer ingresar el paraíso socialista paraguayo al libre mercado a manos de los títeres locales (las élites de Argentina, Brasil y Uruguay) fue y continúa siendo la nota dominante. En esta corriente historiográfica, los opositores a la Guerra del Paraguay aparecen como héroes de la resistencia latinoamericana. Algunos historiadores han compilado textos de los opositores a la guerra con prólogos que hablan de un (latino) americanismo ferviente, enemigo del imperio británico, en espejo de las ideas anti imperialistas en boga durante las décadas de 1960 y 1970, período en que floreció el discurso revisionista. Pero ¿qué era Latinoamérica en 1864? ¿Cómo fue posible una guerra tan larga entre países latinoamericanos si la identidad americana era tan fuerte? ¿Lo era? ¿Existía una idea latinoamericana? ¿Americana? ¿Qué implicaba, qué ideas contenía? ¿La esgrimía solo el sector opositor a la guerra? ¿Cómo operó esa idea en el floreciente debate periodístico e intelectual durante la guerra dentro y fuera de Argentina? ¿Qué lugar ocupaba el imperio británico en estos discursos? ¿Qué lugar ocupaban los otros países americanos involucrados en la guerra? No es nuestra intención discutir el rol efectivo de Gran Bretaña en la guerra, su papel como instigador maquiavélico o responsable de la guerra ha quedado descartado por recientes investigaciones (Brezzo 2004), sino analizar su espacio en el debate de esa época.

Lo que buscamos es abordar, desde la perspectiva de la historia política y cultural, las representaciones de la identidad americana durante el debate de la guerra en Argentina. Podemos referirnos a esa identidad también como americanismo por la carga idealista, emotiva e ideológica que muchos de los actores le imprimieron y porque muchas veces así lo denominaron. Este trabajo no se basa en fuentes inéditas, sino que analiza los mismos escritos ya analizados y prologados por los historiadores revisio-

nistas y también por los mitristas, pero arriba a diferentes conclusiones. El análisis de conceptos políticos fundamentales condensa algunas de las cuestiones más significativas del desarrollo histórico y vincula la historia política con la historia socio-cultural (Koselleck 1993). Analizaremos los usos y significados que le daban los actores del período a los conceptos elegidos y analizaremos la relación entre el concepto y su contexto aunque esta no fuera siempre coincidente.

II. UN COMIENZO INTENSO

Los dos primeros años de la guerra encontraron a la Argentina con su presidente como jefe de un ejército de argentinos, brasileños y uruguayos. El tratado de la alianza había sido firmado en Buenos Aires. Urquiza, el caudillo otrora enemigo de Mitre, prestó el apoyo necesario para el reclutamiento. La guerra se presentaba en la prensa porteña como una cruzada civilizatoria que tendría un final inminente. Los editoriales de la prensa suplieron el poco debate que se vislumbró por ese entonces en el Congreso de la Nación. Buenos Aires llevó la delantera con varios periódicos en circulación, pero provincias como Córdoba, Santa Fe, Entre Ríos y Corrientes (escenario argentino de la guerra) no se quedaron atrás. El resto de las provincias también tenía su propia prensa, en general influenciada y sustentada por el mitrismo. La guerra contra Paraguay fue la temática principal en la prensa de todo el país (a excepción de la zona oeste) durante los dos primeros años de la contienda, hasta que la derrota en la batalla de Curupayti precipitó el abandono de Mitre del puesto de jefe del ejército aliado y su regreso al sillón presidencial en 1867. El mando del ejército aliado recaería en manos brasileñas hasta el fin de la contienda.

La discusión política e intelectual durante la década de 1860 se manifestó principalmente en la prensa. La dinámica de la guerra dispersó a muchos intelectuales que habían intentado reunirse. El mitrismo había logrado consolidar periódicos afines en todas las provincias, aunque también existían varios de otras tendencias políticas como la autonomista y la urquicista. Los periódicos republicaban muchas veces editoriales de Buenos Aires, pero también contaban con sus propios redactores y resignificaban las lecturas en torno a las realidades locales. En Buenos Aires, donde la mayor parte de los diarios, no solo el mitrista *La Nación Argentina*, sino también el autonomista y aún más popular *La Tribuna*, abogaron por la entrada en la guerra, se produjo también la mayor resistencia. Un grupo de intelectuales formó el periódico *La América*, el principal órgano opositor a la guerra en la prensa, diario que solo duró seis meses, fue cerrado por el mitrismo y cuyos redactores fueron encarcelados. Escribieron allí figuras de la intelectualidad regional como Agustín de Vedia, Olegario Víctor Andrade y Carlos Guido y Spano. Por otra parte, el intelectual Juan Bautista Alberdi escribió desde su exilio en París las más furibundas críticas a la guerra y defensas a Paraguay. *La América* estuvo en sintonía con su discurso y difundió varios de sus escritos.

La oposición a la guerra en este periódico fue la más contundente en la prensa durante el transcurso de la misma. El americanismo de los redactores de *La América* era una identidad con contenido ideológico y emocional, pero diferente al latinoamericanismo del siglo xx, por una razón, algo obvia, pero no menor: el concepto de Latinoamérica no existía en el debate político de ese entonces. La voz América Latina sí aparece mencionada, pero en mucha menor medida que América, americano o americanismo. Aunque Norteamérica era una denominación común en referencia a los Estados Unidos, América en el Cono Sur no era todavía pensada fundamentalmente en oposición al mundo anglosajón en su definición. La América española o la América portuguesa eran conceptos más utilizados y distinciones más aplicables para la historia que los actores o sus padres habían atravesado en forma relativamente reciente. La noción de iberoamericanismo tampoco aparece destacada. Por estas razones elegimos hablar de americanismo y no de latinoamericanismo o iberoamericanismo.

Pero había más diferencias. Cuando el periodista opositor Olegario Víctor Andrade hablaba en su texto “¿Adónde vamos?” de 1865 sobre no caer en la esclavitud extranjera, se estaba refiriendo al Brasil, no a Gran Bretaña. Cuando en 1866 Carlos Guido y Spano publicó “El Gobierno y la Alianza”, escrito reproducido en el periódico, lo hizo argumentando contra la alianza con el Brasil. Tomamos con algo más de detalle el caso del opositor paradigmático, Juan Bautista Alberdi y sus menciones a Gran Bretaña durante la guerra. Sus escritos pueden encontrarse, por ejemplo, en una compilación denominada *Historia de la Guerra del Paraguay* publicada en Buenos Aires por Ediciones de la Patria Grande en el año 1962. La nota preliminar es curiosa y elocuente respecto de la lectura que se hace del pensamiento de Alberdi por aquellos años. El enemigo que aparece con más fuerza para P. C., el autor de la nota, era el imperio británico a través de su adalid en estas tierras Bartolomé Mitre. Sin embargo, la obsesión de Alberdi era otro imperio, el del Brasil, un país americano.

Alberdi distinguía dos tipos de intereses: americanos y europeos. En cuanto a los primeros, las libertades de comercio y navegación se veían afectadas por la contienda, por lo que la independencia de la Banda Oriental era deseable. Los intereses europeos transitaban por caminos similares, buscando las garantías de libertad comercial y la seguridad para sus nacionales en territorios americanos. Argentina y Brasil, en cambio buscaban el monopolio. Alberdi llegó a afirmar que la principal exponente del libre comercio y, por ende, la principal perjudicada era Inglaterra. Fue recién finalizada la contienda cuando Europa, así denominada de manera genérica, apareció en su discurso como un poder que sacó partido de la guerra, aunque nunca como una cuarta aliada o instigadora de la misma. Estas opiniones de Alberdi no estaban expresadas en el libro que prologó P. C. sino en escritos posteriores.

Gran Bretaña no apareció como sujeto clave de la guerra en las representaciones durante el desarrollo de la misma en Argentina, ni para los mitristas, ni para los opositores. Tampoco se la representó como un enemigo. Para los opositores a la guerra, el conflicto bélico de la región se leía en un principio en la clave histórica que se remontaba a los tiempos de la colonia y posterior independencia: “Es la España que combatimos

y combatiremos porque sus agresiones a la independencia de esos pueblos son atentados a nuestra propia independencia”.² Se trataba de una guerra de regeneración que resignificaba antinomias preexistentes y enmarca la contienda en la lucha por la independencia de la metrópoli. La lucha por la independencia edificó un camino común:

El (americano) sabe que entre esos pueblos y los demás de la América Latina hay la comunidad de esfuerzos y de sacrificios que les costó su independencia; la comunidad del triunfo y de la gloria que aquellos le produjeron; la comunidad de venganza en que los hundiría su perpetuo enemigo, la ex metrópoli.³

La unidad se plasmaba en América y las disensiones se vislumbraban entre las naciones europeas. Para definir América Latina en lugar de referirse al imperio británico o a Norteamérica como oponente, se apela al camino recorrido frente otro enemigo en común: la ex metrópoli. Esta definición nos advierte sobre dos cuestiones: en primer lugar, la necesidad de recurrir a otro como fortaleza de ese discurso y una solapada debilidad de las bases de esa unión. Y en segundo lugar podría suponerse la exclusión de Brasil de esa nominación al hablarse de una sola ex metrópoli. El encono con la madre patria era revitalizado a través del conflicto bélico contemporáneo entre España y Chile, en el cual, en marzo de 1866, se produjo el bombardeo de la ciudad de Valparaíso. Según el consenso establecido a partir de los trabajos de José Carlos Chiaramonte (1997), durante el proceso de independencia y a lo largo de toda la primera mitad del siglo XIX no predominaban las identificaciones nacionales, sino que prevalecieron las identidades provinciales y la identidad americana. Se trataba de una representación fuerte y difundida, pero con características inherentes a la época.

Hasta comienzos de 1866 la guerra mostró resistencias en el reclutamiento, pero victorias aliadas en el frente; loas en la mayoría de la prensa y el Congreso nacional y exhibió al presidente argentino llevando adelante una exitosa campaña. La formación de un círculo intelectual de resistencia se sustentó en un principio por sus propias trayectorias, ideas y posiciones políticas, pero en ese contexto adverso, su fuerza, diseminación y legitimidad iban a multiplicarse con un hecho puntual de la guerra. El 5 de mayo de 1866 el periódico porteño opositor *La América* publicó el tratado otrora secreto de la Triple Alianza, en el que los aliados acordaban pasar por encima de la soberanía territorial paraguaya una vez finalizada la guerra. *La América* reconoció que el ideal americano se estaba confrontando con una realidad amarga. Brasil y su imperio conspiraban contra la América republicana. Sin embargo, se dificultaba sostener ese país por fuera de una América que lo contenía geográficamente. Esta perspectiva americanista que excluía a Brasil fue reconocida y resistida entre los periódicos que apoyaron la guerra. *El Nacional* hablaba de una “américo-manía” en los inicios de la contienda:

² *La América*, 1° de febrero de 1866.

³ *La América*, 18 de marzo de 1866.

Tan malo es el excesivo americanismo que degenera en monomanía y hacer considerar todas las cuestiones bajo ese solo prisma, que somete al espíritu a la tiranía de una idea exclusiva, como la falta absoluta de ese sentimiento que revela la falta de patriotismo. La prensa de Chile peca por la primera exageración. Toda cuestión que se suscite entre pueblos americanos la convierte en cuestión de americanismo. [...] Así para la prensa de Chile el americanismo debía llevar a la República Argentina a una alianza con el Gobierno de Montevideo y con el autócrata del Paraguay en contra del Brasil.⁴

La “américo-manía” era el sentimiento americano en exceso. El americanismo parecía ser un ideal compartido en un plano difuso, pero la obsesión con él y su oposición a Brasil incomodaban al mitrismo y sus aliados. El paso del tiempo desde la finalización de la época colonial demostraba que ya no era tan sencillo naturalizar esta visión de un americanismo sin Brasil y de eso tomaron nota también los opositores luego: “El amor de la América se ha llevado por los blancos hasta la última exageración. En nombre de la América se combate al Brasil. El epíteto de extranjero se le prodiga con sagrada profusión”⁵. Los redactores de *La América* reconocieron que ya no había para ellos un elemento americano antagonista de otro europeo, que había incluso más elementos en común entre algunas naciones americanas con otras naciones europeas que entre las mismas naciones americanas. La unión americana era naturalmente el horizonte de un grupo de intelectuales que eligió bautizar su periódico con el nombre *La América*. Pero este ideal chocaba con la amarga realidad de una guerra entre países americanos y la representación del enemigo más peligroso, otro país americano (Baratta 2019). En Brasil las representaciones sobre Argentina oscilaban entre la desconfianza y una mayor indiferencia, explicada entre otros motivos por un desbalance entre las fuerzas militares a favor del primero (Silveira 2009).

La Guerra del Paraguay impuso así el cierre de una época y el comienzo de otra. Se cerraba de manera trágica el período de las independencias. Por americanismo, los opositores a la guerra entendieron la “fraternidad” (a veces confederación, pero con las naciones delimitadas) entre repúblicas americanas, por lo que Brasil quedó excluido, era el gran enemigo, y la Madre Patria española aparecía como un enemigo menor. El americanismo sirvió de esa forma mucho menos para argumentar a favor o en contra de una guerra que enfrentó a países americanos y quedó más relegado a las discusiones por el conflicto entre España y Chile (Cid 2018). Invocar el americanismo y excluir a Brasil no era una estrategia exitosa, mucho menos invocar el americanismo y excluir a Paraguay, otrora parte del mismo virreinato, y el mitrismo lo sabía. Las variables que se imponían entonces eran el carácter republicano, la civilización, la barbarie, cualidades que se endilgaban a diferentes participantes según el enunciante. Era elocuente que muchas de las notas en la prensa las firmaba ya “un argentino” y no “un americano”.

La idea de una América sin Brasil encontraba su raíz en la experiencia del virreinato, aunque ya sin rey. Paulo Cavaleri analizó la idea de la restauración del virreinato en

⁴ *El Nacional*, 2 de diciembre de 1864.

⁵ *El Nacional*, 9 de enero de 1865.

el pensamiento de las élites argentinas. No solamente los opositores soñaban con una América unida, pero sin Brasil. Cavaleri observó que Alberdi le atribuía a Mitre una cierta pretensión de restaurar el virreinato a través de esta guerra, que consideraba ridícula porque se quería hacer con la dirección de quien disgregó el virreinato, o sea, Buenos Aires. Además, era inviable porque esta contienda se hacía en alianza con el Brasil, por lo que Alberdi legítimamente se preguntaba: “Gastaría su sangre y su oro Brasil, para reconstruir la monarquía que se erigió para servir de barrera contra él mismo” (citado en Cavaleri 2004, 33). Si la idea de reconstrucción del virreinato podía estar presente en los discursos de muchos intelectuales de la época, la Guerra del Paraguay ponía en evidencia lo quimérico del planteo y se presentaba como una oportunidad de consolidación nacional. Como bien afirmaba Cavaleri:

Si concluimos que la guerra del Paraguay no es entonces la oportunidad para recuperar la antigua provincia virreinal, sí lo es para maximizar las pretensiones territoriales argentinas –de hecho y de derecho– en el Chaco, a costa del Paraguay y de Bolivia [...] El sueño de la reconstrucción virreinal fue en realidad la bandera de un expansionismo territorial basado menos en sustentos jurídicos o históricos que en la razón que le habrían de otorgar las armas victoriosas (Cavaleri 2004, 39).

El sueño de reconstrucción virreinal había sido además un temor para Brasil desde la época del gobierno de Juan Manuel de Rosas. Alberdi escribió con el foco central sobre la disputa política argentina y no tanto en términos de la búsqueda de una regeneración de un virreinato sin rey, que esta guerra demostró como una idea ya lejana.

Llama la atención del investigador –y muy probablemente del lector– la escasa referencia a Paraguay de parte de esta oposición en la prensa a la guerra que se estaba desarrollando en su contra. Quien se ocupó de defender explícitamente a Paraguay fue Juan Bautista Alberdi desde el exilio. Identificó a ese país con la libertad, la civilización y la república en oposición al imperio monárquico y esclavista de Brasil. Sin embargo, la obsesión con Brasil nubló la visión de la mayoría de los opositores, desvió su atención a los avatares de la alianza y poco los encontró en la defensa explícita de Paraguay, al que mencionaban como un hermano. Esta tímida defensa explica, entre otros factores, el por qué una oposición tan fuerte no pudo detener la participación argentina en la guerra de forma temprana una vez que los paraguayos huyeron de territorio argentino. El periódico *La América* fue clausurado en julio de 1866. Las críticas de legisladores llegaron cuando la guerra estaba ya definida. Había poco de un americanismo o (latino) americanismo romántico también en esta difusa defensa del país hermano. Uruguay también entraba en esta categoría, pero con menos preocupación aún ya que la guerra no se peleaba más en su territorio. La hermandad entre Argentina y Paraguay se remontaba a la historia de las independencias compartidas y al carácter republicano de ambas naciones en contraposición al imperio brasileño. La guerra se hacía en la dirección equivocada. De todas formas, la defensa de este hermano era más hacia su pueblo que a su gobernante, a quien prácticamente nadie defendía de manera explícita, excepto Alberdi. Mientras tanto, en Paraguay la prensa había nacido como

órgano de opinión para defender y reclamar el reconocimiento de la independencia por parte del gobierno de Juan Manuel de Rosas. El tópico de la rivalidad colonial y postindependencia entre Asunción y Buenos Aires ha sido centro de los debates en torno a la construcción de la nación paraguaya: la visión que lo representaba como un jardín de aclimatación de los conquistadores que luego querían instalarse en Buenos Aires, su marginación de la ruta principal entre Buenos Aires y Lima, y las dificultades comerciales por el estrangulamiento de su salida al Atlántico y los problemas tributarios de la yerba mate (Brezzo 2009). La idea de hermandad estaba más difundida en la Argentina que en Paraguay, en donde una mezcla de amenaza y sometimiento eran los sentimientos más diseminados.

III. HARTAZGO Y REBELIÓN

El contexto de la guerra externa estaba en un punto empantanado. Luego de casi dos años de conflicto, a los cuestionamientos al general en jefe Bartolomé Mitre y las disidencias con los jefes brasileños, se sumaron graves problemas internos. A fines de 1866 los caudillos federales, jefes políticos locales opositores al centralismo mitrista, se levantaron en armas. El hartazgo ante la guerra y el desarrollo de la misma proporcionaron una oportunidad para la rebelión efectiva y extendida de los opositores al mitrismo centralista en las provincias argentinas en las que la tendencia opositora federal era fuerte. La prensa de todo el país, favorable o no a la Guerra del Paraguay, se manifestó en contra de las rebeliones. Muchos de ellos condenaban la duración y las condiciones de la contienda, pero ninguno aceptaba estas revueltas llamadas “montoneras” (una formación militar irregular que sigue a un líder local) como elementos válidos de la política. El mitrismo, pero también otras facciones políticas, condenaron las montoneras a través de los periódicos de todas las provincias, no solo los de Buenos Aires.

El periódico *La Regeneración*, de la provincia de La Rioja, cercana al foco del conflicto interno, quiso llevar tranquilidad respecto de las montoneras. En mayo de 1866 desmintió, además, la posibilidad de que pudiera llegar algún auxilio desde Paraguay para los rebeldes. “No ha faltado imbécil que haya pensado que el infeliz Berna [Juan Bernardo Carrizo, líder federal provincial] obtendrá protección del Paraguay. Pero semejante absurdo, es tan absurdamente absurdo, que no se presta ni a tomarlo en consideración”.⁶ Era común en el discurso de los aliados de Mitre la utilización del recurso de denominar aparaguayados a los rebeldes del interior, no por sugerir que tenían un contacto efectivo, sino como manera de estigmatizarlos y restarles el posible apoyo en territorio nacional y a su vez como una manera de denigrarlos. Eran la barbarie, lo sanguinario, lo primitivo para estos periódicos. Identificaban, además, un foco “aparaguayado” en la provincia y calificaban a sus miembros de “falsos patriotas”:

⁶ *La Regeneración* (La Rioja), 3 de mayo de 1866.

Los aparaguayados, abundan en las provincias del interior, son los adeptos espirituales de los paraguayos asalariados que tiene López en Buenos Aires y en otras partes para defender su causa con el arma de la prensa, batería moral, torpedos en otro modo mucho más terrible que la máquina destructora del encorazado Brasil, que tienden a destruir la fuerza del prestigio que sostiene a la justa causa.⁷

Las imágenes peyorativas y estigmatizantes sobre Paraguay no eran nuevas, y fueron reproducidas durante toda la guerra por la mayor parte de las facciones políticas, incluso las que criticaron la participación argentina en la contienda. La defensa explícita de Paraguay quedó prácticamente reducida a algunos escritos de Alberdi y al discurso de los jefes de las montoneras. Estas eran identificadas como paraguayas, como un gran insulto, como todo lo que no debía ser la Argentina. La representación de Paraguay en Argentina durante toda la guerra fue entonces mayoritariamente peyorativa con respecto al país y a su población, y demonizante con respecto a su presidente. Si la primera representación estuvo muy extendida y fue efectiva en provocar cierta indiferencia que propició el alargamiento del conflicto, la segunda no surtió tanto efecto. La mayor parte de la opinión pública, aun favorable a la guerra contra Paraguay, creía que el verdadero enemigo, el amenazante, era el aliado, el imperio de Brasil y no Francisco Solano López, el presidente paraguayo. López era despreciado, pero no temido en la opinión pública, como sí lo era el imperio. Al calificar a las montoneras como paraguayas se buscó demostrar una supuesta barbarie, al no ser argentinas y ser traidoras a la patria. Eran presentadas como hipócritas que criticaban la guerra del Paraguay, pero hacían una guerra en su propia tierra. En los periódicos paraguayos de trinchera, los argentinos eran representados despectivamente como “curepas” por su color de piel o el color de las medias que vestían, y como siervos del emperador brasileño. Sin embargo, en estos medios, el oponente más representado y criticado era Brasil (Capdevila 2010); los paraguayos representaron a sus soldados como monos y los descalificaron por su color de piel.

El 6 de diciembre de 1866, el caudillo Felipe Varela, que había emigrado a Chile, ingresó en territorio argentino, lanzó su famosa proclama y dio fuerza a la incipiente rebelión. Varela, quien había peleado junto a Urquiza en la batalla de Pavón contra Mitre y junto al caudillo riojano Chacho Peñaloza, tomó contacto en su exilio con la red intelectual Unión Americana, presidida por Rafael Valdez y presente en varios puntos de Chile, red que condenaba los ataques españoles a los países americanos del Pacífico y también la guerra de los aliados al Paraguay. La revolución del caudillo Felipe Varela fue la más fuerte y duradera durante la contienda contra Paraguay y también la más extendida geográficamente: llegó a las provincias del oeste del país como San Luis, San Juan, La Rioja, Catamarca y se insinuó hacia el norte en Salta y Jujuy. Contó con el apoyo de otros líderes como Juan de Dios Videla y Juan Saa. La postura de Varela, denostada en toda la prensa argentina, quedó plasmada en sus famosas proclamas de diciembre de 1866:

⁷ *El Norte* (Santiago del Estero), 28 de octubre de 1866.

¡Argentinos! El hermoso y brillante pabellón que San Martín, Alvear y Urquiza llevaron altivamente en cien combates, haciéndolo tremolar con toda gloria en las tres más grandes epopeyas que nuestra patria atravesó incólume, ha sido vilmente enlodado por el general Mitre, gobernador de Buenos Aires.

La más bella y perfecta Carta Constitucional democrática, republicana, federal, que los valientes entrerrianos dieron a costa de su sangre preciosa, venciendo en Caseros al centralismo odioso de los espurios hijos de la culta Buenos Aires, ha sido violada y mutilada desde el año sesenta y uno hasta hoy, por Mitre y su círculo de esbirros.⁸

Felipe Varela se configuró como uno de los máximos héroes del ideal latinoamericano para la historiografía revisionista. La mayoría de los historiadores de esta corriente marcaron una tendencia y visión latinoamericana de Varela por sobre las naciones y su lucha contra el imperio británico (Ortega Peña y Duhalde 1967 Galasso 1975). Sin embargo, un análisis de su discurso político durante esta revuelta y una ubicación del mismo en el contexto, nos arroja una interpretación distinta. A partir de las mismas fuentes se puede arribar a análisis disímiles. Los estudios preliminares no parecen prestar atención a las fuentes que prologan. Aunque sin entrar en detalles sobre el contenido específico y detallar los documentos, así lo advirtió el prestigioso historiador Tulio Halperín Donghi (2005, 43):

Ortega Peña y Duhalde publican colecciones de documentos recogidos no sin esfuerzo y seleccionados con admirable inteligencia sobre Quiroga y Felipe Varela, presentándolos mediante estudios preliminares que eluden obstinadamente utilizar las riquezas que así ofrecen a sus lectores y prefieren reafirmar una imagen mitológica de ambos personajes que esos materiales tan honradamente agregados por otra parte desmienten con mortal eficacia.

En primer lugar, si leemos con detenimiento la proclama, la identidad fundamental a la que se apelaba era la argentina. Lo era desde el principio, en su primera palabra que marcaba el destinatario, pasando luego por toda su argumentación central y en el mismo párrafo de cierre. Felipe Varela participaba de esta manera en la disputa política nacional desarrollada con fuerza en Argentina. La República Argentina estaba recientemente unificada, aunque lejos estaba aún de ser una nación consolidada. Varela, por su formación e ideales, podría haber apelado en esta proclama iniciadora de manera más fuerte al americanismo, pero, sin embargo, optó por invocar el tópico argentino, probablemente como manera de sumarse a la disputa política interna en un estado nacional de reciente formación.

¿Qué entendía Varela por “Argentina”? Al igual que el mitrismo y su concepción de nación, la concebía como una historia que tenía su acta de nacimiento en la Revolución de Mayo. Se definía como gobierno y Constitución, al igual que para el mitrismo, se hacía alusión a la “Carta Constitucional democrática, republicana, federal”. Se apelaba a un panteón de héroes, algunos compartidos, como San Martín, seguramente,

⁸ Proclama de Felipe Varela, diciembre de 1866. Citada en Rosa (1985, 220 y 221).

entre otras cosas, por su gesta de liberación de Chile, suceso cercano a Varela. En el caso de Alvear, la referencia es sorprendente porque se trata de un personaje denostado por la tradición revisionista y ligado a la aristocracia. Varela seguramente lo evocaba por su papel al frente del ejército que derrotó al imperio brasileño en la batalla de Ituzaingó en la década de 1820 y a los españoles en Montevideo. Varela definía al caudillo federal entrerriano Urquiza como su líder, líder que, sin embargo, estaba prestando un apoyo clave a Mitre en la guerra. La insistencia en la Constitución se revelaba como un tiro por elevación para la conducta histórica de Buenos Aires:

¡Argentinos, todos! ¡Llegó el día de mejor porvenir para la Patria! A vosotros cumple ahora el noble esfuerzo de levantar del suelo ensangrentado el pabellón de Belgrano para enarbolarlo gloriosamente sobre las cabezas de nuestros liberticidas enemigos.

Compatriotas: ¡A las armas!... ¡Es el grito que se arranca del corazón de todos los buenos argentinos!

(...) ¡Soldados federales! Nuestro programa es la práctica estricta de la Constitución jurada, el orden común, la paz y la amistad con el Paraguay y la unión con las demás Repúblicas Americanas. ¡Ay de aquel que infrinja este programa!

¡Compatriotas Nacionalistas! El campo de la lid nos mostrará al enemigo; allá os invita a recoger los laureles del triunfo o la muerte, vuestro Jefe y amigo.⁹

El llamado a la revolución era, entonces, fundamentalmente en términos políticos nacionales contra quienes traicionaban los ideales que representaba la patria Argentina federal, en este caso con Mitre como máximo enemigo. La sangre derramada en el frente paraguayo era argentina, y era preciso vengarla. La diferencia principal de la concepción nacional con respecto al mitrismo y sus afines estaba en la primacía porteña sobre las provincias, que era vista como causa de todos los males. El matiz partidario federal era la clave.

Llama la atención la aparición de la referencia a la bandera argentina como “el pabellón de Belgrano”, denominación que podía ser común en alusión a su creador, pero que aparece como peculiar en relación a Paraguay. Manuel Belgrano fue el creador de la bandera argentina, pero también fue el jefe de la expedición militar que envió la Junta de Buenos Aires a Paraguay una vez producida la Revolución de Mayo de 1810, que iniciaría el camino a la independencia. Belgrano fue para los paraguayos el jefe de un ejército que buscó anexarlos a los dominios de la Junta de Buenos Aires. Aunque su imagen en Paraguay no quedó tan dañada, no era una buena idea invocarlo para convocar la simpatía paraguaya décadas después. La proclama no parece estar escrita en esa dirección o si lo estaba utilizó referencias poco felices para lograrlo y de todas maneras no tuvo repercusión importante en el gobierno paraguayo, que estaba ocupado en levantar la moral de la tropa con publicaciones como *El Cabichui* y en ridiculizar al ejército aliado con las ilustraciones del periódico *El Centinela*.

⁹ Proclama de Felipe Varela, diciembre de 1866. Citada en Rosa (1985: 220 y 221).

La referencia a la unión americana en esta proclama era minoritaria respecto a lo que mencionamos, aparecía una sola vez y hacia el final de la proclama. El programa de Varela era el de la paz con las otras repúblicas americanas. Se trataba entonces de un americanismo que en principio excluía por definición al Brasil imperial que les era contemporáneo y que, por lo tanto, era diferente al latinoamericanismo actual o al latinoamericanismo revisionista de las décadas de 1960 o 1970. La referencia era a una unión de repúblicas independientes y no a una sola entidad que las englobara. El imperio británico ni siquiera era mencionado en esta proclama. Es importante reconocer que algunos autores de la tradición revisionista ya marcaron que considerar la cruzada de Varela como un movimiento contra el imperio británico carecía de sustento (De Paoli y Mercado 1973).

La idea del americanismo en Varela, sin duda muy arraigada en su formación, en su uso durante el debate sobre la guerra contra Paraguay tomaba más fuerza para referirse al conflicto de Chile con la ex metrópoli española y al bombardeo de Valparaíso, que para relacionarlo con una guerra entre países americanos. Apelar a la identidad americana en medio de una cruenta guerra entre países americanos se volvía una estrategia poco útil y, de alguna manera, utópica. Ese carácter utópico del ideal americanista se había manifestado en el periódico *La América*, como vimos en el apartado anterior, y se manifiesta también un año más tarde en la discusión de Bartolomé Mitre y el periodista uruguayo Juan Carlos Gómez que mencionaremos enseguida.

El movimiento de Felipe Varela colocó por primera vez el matiz partidario como una cualidad bien valorada, aunque dentro de una identidad más amplia que era la nacional. Hasta ese entonces el debate público argentino tanto mitrista como antimitrista había tomado el matiz partidario como disolvente y propio del adversario (Baratta 2019). En este caso, la identidad aludida por la rebelión era una representación que tenía una filiación partidaria clara y era, por supuesto, la identidad federal opuesta al centralismo mitrista porteño.

El mitrismo y aquellos de sus opositores contrarios también a las montoneras ubicarían al partido en primera plana de su discurso, pero recién cuando se puso en juego el proceso eleccionario presidencial de 1868 y se inició la danza de las candidaturas. Hasta ese momento todo lo que remitía a lo partidario era considerado nocivo, disolvente, y las montoneras eran una prueba fehaciente de ello para el mitrismo. Los federales apelaban al apoyo de los “pueblos libres sudamericanos”, cita que, si bien ya era un lugar común, podía pensarse en este contexto también en alusión a la esclavitud brasileña y, por lo tanto, excluyendo nuevamente a esa sociedad de la idea americana. Los partidarios de la causa paraguaya en Argentina y los periódicos del gobierno paraguayo insistieron con la figura de la esclavitud, realidad ya discutida en todo el mundo. La América libre, republicana, no podía aceptar ese rasgo, la barbarie era la esclavitud brasileña y no el gobernante paraguayo. El federalismo se identificaba con el fin de estas cadenas, mientras que el mitrismo guardaba silencio sobre el régimen esclavista en Brasil. Los opositores a la guerra utilizaron el mismo espectro conceptual que sus defensores, pero para referirse a Brasil. La identidad federal durante este período fue

también analizada por Ariel De La Fuente (2007) desde la perspectiva de los sectores populares rurales, los denominados “gauchos”. Estos actores percibían una continuidad del conflicto entre unitarios y federales; aunque los primeros oficialmente ya no existían, se los identificaba en los liberales mitristas.

Una de las causas de la impopularidad de la guerra en Argentina fue la evaluación negativa de la alianza con Brasil, considerado tradicional enemigo por parte de un amplio espectro político, mucho más que una defensa romántica del Paraguay. Este factor también explicaría la prolongada duración de la guerra, el relativo desinterés por el destino paraguayo aun en muchos opositores al mitrismo y la decisión de Sarmiento de continuar la guerra al asumir la presidencia sin ser el candidato del mitrismo. El 2 de junio de 1867, Bartolomé Mitre daba su mensaje de apertura de las sesiones del Senado dando cuenta de estas victorias decisivas, aunque no concluyentes, sobre las montoneras. Acusaba a los montoneros de traición y sedición. Proporcionaba una explicación de por qué estaba en el recinto y no en el frente paraguayo. Además, justificaba su no intervención en el conflicto de Chile con España aduciendo los nexos del país trasandino con la rebelión de Varela. Por otra parte, se explicitaba un conflicto con el gobierno peruano por su crítica a la causa de los aliados. El americanismo como ideal se encontraba en una encrucijada.¹⁰

La rebelión de los caudillos federales fue derrotada por los enviados del gobierno central. El 7 de noviembre de 1867, Felipe Varela llegó a Tupiza, en Bolivia, junto a unos 600 hombres y solicitó asilo a las autoridades bolivianas. Mantuvo allí su exilio, se entrevistó con el presidente Melgarejo y estableció contactos con funcionarios chilenos. En enero de 1868, publicó otro importante manifiesto en el que el americanismo aparecía con más fuerza que en el primero. No casualmente, se trataba de un documento escrito fuera de la Argentina, destinado a captar el apoyo de los otros países de la región en su causa y que precisaba de nuevos bríos para volver a salir al ruedo. El americanismo aparecía nuevamente mucho más ligado a la situación en Chile y a la disputa federalismo-centralismo que a la Guerra del Paraguay. En relación a este último suceso, Varela apelaba a un recuento histórico sobre el inicio de la contienda en el cual la responsabilidad recaía sobre su enemigo político, Bartolomé Mitre.

A diferencia de la opinión predominante en Argentina, Varela establecía una defensa del presidente Francisco Solano López y atribuía objetivos loables a su gobierno. La definición de unión americana que aparecía en esta proclama contradecía cierto sentido común. El americanismo para Felipe Varela no era, ni más ni menos, que el respeto por las soberanías de las repúblicas, es decir, de las naciones particulares. Denunciaba el plan mitrista de formar una sola nación con las naciones americanas de Argentina, Bolivia, Paraguay y Perú, la traición de los “negreros” y a la monarquía brasileña. Era Mitre quien quería la unión que no respetaba las soberanías:

¹⁰ Mitre, Bartolomé, Mensaje apertura sesiones Senado. *Diario de sesiones de la Cámara de Senadores*, 1867.

¡VIVA LA UNIÓN AMERICANA!

Manifiesto a los pueblos americanos sobre los acontecimientos políticos de la República Argentina en los años 1866 y 1867

(...) Textualmente dice el Ministro inglés citado: “Tanto el Presidente Mitre como el Ministro Elizalde, me han declarado varias veces, que aunque por ahora no pensaban en anexionar el Paraguay a la República Argentina, no querían contraer sobre esto compromiso alguno con el Brasil, pues cualesquiera que sean al presente sus vistas, las circunstancias podría cambiarlas en otro sentido”.

He aquí cuatro palabras que envuelven en un todo la verdad innegable de que la guerra contra el Paraguay jamás ha sido guerra nacional, desde que, como se ve, no es una mera reparación lo que se busca en ella, sino que, lejos de eso, los destinos de esa desgraciada República están amenazados de ser juguete de las cavilidades de Mitre.

Esta verdad se confirma con estas otras palabras del mismo Ministro inglés citado: “El Ministro Elizalde me ha dicho que espera vivir lo bastante para ver a Bolivia, el Paraguay y la República Argentina, unidos formando una poderosa República en el Continente” (...)

He ahí, pues, los tiempos del coloniaje existente en miniatura, en la República, y la guerra de 1810 reproducida en 1866 y 67, entre el pueblo de Buenos Aires (España) y las provincias del Plata (Colonias Americanas). (...) Es por esto mismo que es uno de nuestros propósitos manifestado en la invitación citada, la paz y la amistad con el Paraguay.¹¹

El colonialismo que combatía Varela no era el de América Latina sujeta por el imperio británico. De hecho, cita como fuente de autoridad en esta proclama a un diplomático inglés, lo representa como la verdad. Aunque preocupado por las rémoras coloniales por el conflicto bélico entre Chile y España, al hablar de la Guerra del Paraguay, el colonialismo al que se oponía Varela era interno, era fundamentalmente el de Buenos Aires y sus rentas contra las provincias despojadas y, en menor medida y de manera más implícita, al del imperio del Brasil contra las repúblicas y la libertad.

Citamos particularmente las proclamas de Varela porque constituyeron la referencia más sólida del discurso político de la rebelión interna más amplia durante el desarrollo de la Guerra del Paraguay y por su reivindicación posterior como líder latinoamericano. No hubo prensa, ni otros escritos intelectuales que la defendieran en ese momento. Encontramos parte de su correspondencia y la de algunos aliados, pero no son tan nítidas ni fueron tan difundidas como el material citado. Nuestra manera de abordar el discurso que les era propio, por lo tanto, es a través de esas proclamas que fueron prologadas por el revisionismo, pero con una atención más al contexto del historiador que al de Varela y a sus palabras.

Con el progresivo afianzamiento del estado central, el federalismo adquirió nuevos significados. Según De la Fuente (2007), la única legitimidad política la detentaba el unitarismo; los federales parecían condenados a la violencia, la resistencia y el ostracismo. Más que una fraternidad fervorosa con el Paraguay, los gauchos se resistían a la leva por el hartazgo de la guerra, por su arbitrariedad, por no querer viajar y abandonar su tierra,

¹¹ *Manifiesto del general Felipe Varela a los pueblos americanos sobre los acontecimientos políticos de la República Argentina en 1866 y 67*, 1º de enero de 1868, Potosí: Tipografía del Progreso.

por la violencia del reclutamiento y porque los personajes que reclutaban eran conocidos unitarios. Más que ayudar directamente al Paraguay, los federales buscaban dominar el territorio argentino, llegar a Buenos Aires, tomar el poder y desde allí en todo caso sacar a la Argentina de la contienda o incluso, iniciar otra contra Brasil. Al respecto, el propio Paunero se refería en su correspondencia a que “la idea de ir al Paraguay es un fantasma que tiene aterrada a esta gente”.¹² Nadie quería ir a pelear en una guerra contra Paraguay por Mitre, pero tampoco quería nadie ir a pelear para defender a Paraguay de Mitre.

IV. UN FINAL TAN ANUNCIADO COMO DEMORADO

La presencia argentina en el frente se fue reduciendo. Mitre volvió a Buenos Aires y su candidato fue derrotado en las elecciones presidenciales de 1868. Domingo Faustino Sarmiento regresó de Estados Unidos, asumió como presidente y decidió continuar con la participación argentina en la guerra, haciendo honor a los términos del tratado en los que se especificaba que la contienda no terminaría hasta acabar con Francisco Solano López. Sin embargo, muchos soldados argentinos regresaron del frente y las críticas a la guerra, hasta entonces reservadas a la prensa opositora, se multiplicaron en el Congreso y en casi todos los periódicos del país. Una vez más, estas críticas estuvieron lejos de construirse sobre una defensa de Paraguay y sí sobre el cuestionamiento ferviente de la alianza con Brasil.

Durante el último año de la contienda, se desarrolló un intercambio epistolar entre el ex presidente y jefe del ejército aliado, Bartolomé Mitre, y Juan Carlos Gómez, periodista de nacionalidad oriental, redactor de *El Inválido Argentino*, periódico que defendía la causa de la guerra siempre y cuando esta no implicara beneficios territoriales. La correspondencia versó principalmente sobre el cuestionamiento y la defensa de la alianza argentina con el Brasil. Se trató de una polémica de amplia resonancia, ya que las cartas salieron publicadas en periódicos de Argentina y Uruguay y abrió la participación a otras figuras.

Gómez no ponía en duda la justeza de la entrada de Mitre en la guerra, pero la conformación de la alianza con el Brasil, en su opinión, violaba el honor nacional argentino, la identidad rioplatense y su historia. Gómez sostenía que Argentina, junto con la Banda Oriental, no precisaban de Brasil para contener al tirano paraguayo. Por su parte, para justificar la alianza, Mitre basó su argumentación en la fuerza de la contingencia más que en una naturaleza de unión. Acusaba a Gómez de simpatía con el pueblo paraguayo, recurso repetido durante la contienda para deslegitimar la crítica del otro. El lugar que uno daba a Brasil como enemigo y el otro a Paraguay ponía en entredicho al americanismo.

Desde Montevideo, el político republicano brasileño Quintino Bocayuva se sumó a la discusión. Le escribió una carta a Héctor Varela, editor del periódico *La Tribuna*,

¹² Wenceslao Paunero a Bartolomé Mitre, San Juan, 27 de julio de 1867. Archivo Inédito Mitre.

el más vendido en Argentina, enojado por las palabras de Gómez. En su carta al diario fechada el 14 de diciembre de 1869, Bocayuva expuso claramente la contradicción del discurso americanista para hablar de esta guerra entre países americanos, recalcó que Brasil también era un país americano, y que ello no le impedía sentirse a su vez unido a Argentina y Uruguay como hermano por sus valores de libertad y democracia, y por la decisión de enfrentar la tiranía. Los defensores de la alianza también soñaban con el americanismo, con la hermandad de los países de la región, pero un americanismo que incluía al imperio y que se presentaba como libertador del Paraguay. Bocayuva demostraba los límites a un ideal americano que excluyera a Brasil.

En sus misivas publicadas en la prensa rioplatense en diciembre de 1869, Gómez reconocía esta utopía del sueño americanista que era en su caso excluyente del Brasil. La propuesta de Gómez era un americanismo restaurador de la unión del virreinato, remitía a lo español, aunque desde una convicción antimonárquica. El tema de la restauración del virreinato era una idea compartida por representantes de diferentes posturas políticas, aunque era evidente que también se volvía muy difícil de concretar. Todos los actores lo sabían y la contienda se los había mostrado más que nunca, así apoyaran a Paraguay, así al Brasil o así no apoyaran a ninguno.

Otra crítica resonante a la alianza en esta época provino del autor del *Martín Fierro* y, por ende, de la frase que titula este trabajo.¹³ Me refiero a José Hernández, quien fue señalado por la historiografía revisionista como un opositor ferviente a la guerra (Rivera 2007). Sin embargo, los primeros años de la guerra encontraron a Hernández en Corrientes como redactor y posible dueño de *El Eco*, periódico que fue favorable a la contienda y vocero del gobierno correntino. De todas maneras, la división del liberalismo en torno a las elecciones llevó a José Hernández a una identificación con el federalismo con su labor en 1869 en el periódico *El Río de la Plata* de Buenos Aires. Hacia el final de la guerra, Hernández desnudó la hipocresía de llevar adelante esta guerra con el estandarte de la independencia, de la libertad y la civilización. Apuntaba a la alianza, sus planes y sus acciones. Hernández resumía así la postura más difundida, el apoyo inicial, las críticas posteriores centradas en la duración del conflicto, la alianza con Brasil y los términos del tratado. Las voces críticas contra la guerra en Argentina se multiplicaron y extendieron hacia el final de la misma. Al comienzo, figuras como Hernández la apoyaron y una resistencia intelectual organizada pero minoritaria se desplegó en 1866. Para que las críticas se masificaran tuvo que pasar la rebelión interna, la derrota aliada en la batalla de Curupayti y el cambio de mando presidencial.

La guerra del Paraguay terminó el 1° de marzo de 1870 cuando un soldado brasileño acabó con la vida del presidente paraguayo Francisco Solano López en Cerro Corá,

¹³ La frase es la decimoséptima sextina de la *Vuelta del Martín Fierro*, obra publicada en 1879 “los hermanos sean unidos porque esa es la ley primera. Tengan unión verdadera en cualquier tiempo que sea, porque si entre ellos pelean, los devoran los de afuera”. Se ha convertido en un lema muy popular del inconsciente colectivo en Argentina que puede aplicarse a cualquier situación cotidiana. Hernández describió allí la vida de los gauchos, los sectores populares rurales y su resistencia a la oligarquía.

al norte de Paraguay. El país quedó destruido económicamente y había perdido al menos un 60% de su población (Potthast y Whigham 1999). El fin de la guerra abrió una disputa entre los aliados que, de alguna manera, junto con la mediación norteamericana, permitió que el Paraguay continuara en el mapa. El ministro de Relaciones Exteriores de la Argentina, Mariano Varela, ya había hecho algunas reclamaciones sobre los arreglos territoriales al imperio. Su intervención pasó a la historia como “la doctrina Varela”. El 21 de diciembre de 1869 el ministro enunció su famosa frase “la victoria no da derechos a las naciones aliadas para declarar por sí, límites suyos los que el tratado señaló” (citado en Rosa 1985, 270 y 271). El principal fundamento de la doctrina de Mariano Varela sostenía que si el gobierno argentino había intervenido en la Guerra de la Triple Alianza contra el gobierno de Francisco Solano López, lo había hecho por haber sido agredida por el dictador paraguayo cuando invadió la provincia de Corrientes y no por reclamos territoriales. En su discurso y sus acciones, el ministro Mariano Varela demostraba más preocupación por la posibilidad de que Paraguay se convirtiera en un protectorado brasileño que por el destino del pueblo paraguayo. Una vez más, la alianza con el Brasil aparecía en el primer plano de la polémica. En ese sentido, se le pedía al Brasil una actitud solidaria y “americanista”. La presencia del ejército brasileño en Paraguay y sus negociaciones independientes de la Argentina despertaron el enojo en ese país, que había respetado a rajatabla un tratado que había hecho de la guerra un evento impopular. Un conflicto bélico con Brasil se insinuó, pero no llegó a considerarse seriamente por el estado de ambos países después de una guerra tan cruenta.

La disputa diplomática que se abrió entre Argentina y Brasil con el final de la contienda excede los límites de este artículo, pero revela nuevamente una de las ideas principales. La impopularidad de la guerra se basó principalmente en un discurso que identificó al Brasil como el verdadero enemigo de la Argentina. Ambos países ocuparon Paraguay hasta 1876, cuando concluyeron sus reclamos limítrofes. El último reclamo argentino fue sobre un territorio del Chaco denominado Villa Occidental. El territorio en disputa fue finalmente otorgado a Paraguay gracias a un mediador externo: el presidente de los Estados Unidos, el imperio del siguiente siglo. Hoy lleva el nombre del presidente árbitro, Villa Hayes.

V. CONCLUSIONES

La oposición intelectual a la Guerra del Paraguay presentó a primera vista en su discurso un sesgo americanista. Sin embargo, este se terminó por revelar como un ideal irrealizable en tiempos de guerra entre países americanos. La oposición desarrolló más la rivalidad nacional entre Argentina y Brasil que el tópico del americanismo. Por americanismo los opositores a la guerra entendieron la fraternidad entre repúblicas americanas; Brasil, como imperio, quedaba de esta manera por fuera, era el gran enemigo. La Madre Patria española aparecía como un enemigo menor. La guerra cerró así el ciclo de las independencias al desdibujar al enemigo colonial. Por otra parte, la

figura de Gran Bretaña no apareció en ningún momento como adversario. En el caso de la oposición de las montoneras, el americanismo apareció en el discurso de las proclamas más relacionado a la contemporánea guerra entre Chile y España que al caso de la guerra de la alianza. El tinte americanista se invocó nuevamente en tanto repúblicas americanas, con la exclusión de Brasil. Sin embargo, no considerar a Brasil como parte de la América era ya un problema evidente en la discusión en la época. La rebelión de las montoneras y las elecciones presidenciales introdujeron con claridad el elemento partidario, la reivindicación del federalismo o la necesidad de derrotarlo del centralismo mitrista. El mitrismo, sus aliados y algunos intelectuales brasileños protestaron por la exclusión de Brasil del americanismo, exclusión a la que consideraron inadmisibles y casi ridícula. Muchos de ellos también esgrimieron un ideal de unión americana, inspirados o no en el antiguo virreinato. Pero dejaron más solapada la cuestión porque sabían que le estaban haciendo la guerra a otro país americano considerado por un amplio espectro de la opinión pública como más cercano a la Argentina, aunque como un hermano menor al que había que proteger y disciplinar. Y porque tal vez todos sabían, y lo manifestaron tanto los opositores o defensores como Bocayuva, que estaban hablando de una utopía.

La Guerra del Paraguay puso en evidencia las debilidades y no las fortalezas del discurso americanista en la visión de los actores contemporáneos. Y no era para menos. Como los viejos sueños mitristas de restauración de un virreinato, la visión romántica latinoamericanista de la guerra puede esconder un nacionalismo acrítico solapado, fundamentalmente en los países con más poder de la región, como Argentina. Oculta asimetrías, injusticias y hace oídos sordos ante los menos poderosos, esconde otros imperialismos de menor escala y dificulta una integración honesta. La guerra fue parte de la historia argentina; el gobierno argentino fue un actor crucial; la participación de Urquiza, determinante; la indiferencia, la desidia y la poca preocupación por el destino del pueblo paraguayo, aun en los opositores a la contienda, que terminaron siendo mayoría, pero empezaron como minoría, fueron la clave de la adhesión del gobierno argentino hasta el final. Aunque parezca imposible o incómodo de imaginar, hubo una vez una guerra entre los países que formaron en 1991 el Mercosur. Una guerra entre tres países americanos contra otro país americano. Una guerra larga, cruenta, brutal, que unió a las potencias regionales contra un pequeño país hasta dejarlo casi destruido. Una guerra muy resistida por opositores americanos a otro país americano. Una guerra que pudieron aprovechar algunos intereses lejanos, pero que llevaron adelante actores americanos que tenían sus propios intereses, sus creencias, sus motivaciones. Parece difícil de asimilar. Pero así fue.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Abente Brun, Diego. 1989. "La Guerra de la Triple Alianza. Tres modelos explicativos". *Revista Paraguaya de Sociología* 26, n° 74: 175-197.

- Alberdi, Juan Bautista. 1962. *Historia de la Guerra del Paraguay*. Buenos Aires: Ediciones de la Patria Grande.
- Baratta, María Victoria. 2019. *La Guerra del Paraguay y la construcción de la identidad nacional*. Buenos Aires: Editorial SB.
- Barreto Valinotti, Ana. 2013. *Las mujeres. Guerra de la Triple Alianza*. Asunción: El Lector.
- Bethell, Leslie, ed. 1995. *A guerra do Paraguai. 130 anos depois*. Rio de Janeiro: Relume Dumará.
- Beverina, Juan. 1921: *La Guerra del Paraguay 1865-1870. Resumen Histórico*. Buenos Aires: Diario La Nación.
- Brezzo, Liliana. 2004. “La guerra de la Triple Alianza en los límites de la ortodoxia: mitos y tabúes”. *Revista Universum* 1, 19: 10-27.
- 2009. “¿Aislamiento e independencia? Algunos pasos recientes en la historiografía de Paraguay”. *Diálogos* 13, 3: 533-552.
- Caballero Campos, Herib y Cayetano Ferreira Segovia. 2006. “El periodismo de guerra en el Paraguay”. *Nuevo Mundo, Nuevos Mundos, Coloquios*, doi: 10.4000/nuevomundo.1384.
- Capdevila, Luc. 2010. *Una guerra total: Paraguay 1864-1870. Ensayo de Historia de Tiempo Presente*. Asunción/Buenos Aires: CEADUC/Editorial SB.
- Cárcano, Ramón. 1938. *Guerra del Paraguay, acción y reacción de la triple alianza*. Buenos Aires: Domingo Viau.
- Cavaleri, Paulo. 2004. *La restauración del virreinato*. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes.
- Chiaramonte, José Carlos. 1997. *Ciudades, provincias, estados: orígenes de la Nación argentina, 1810-1846*. Buenos Aires: Emecé.
- Cid, Gabriel. 2018. “En defensa de la ‘Patria Grande’. Americanismo en la guerra en el Pacífico 1864-1866”. En *Tiempo de guerra. Estado, nación y conflicto armado en el Perú, siglos XVII-XIX*, editado por Carmen Mc Evoy y Alejandro Rabinovich. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- Doratioto, Francisco. 2002. *Maldita Guerra, Nueva Historia de La Guerra del Paraguay*. São Paulo: Companhia das Letras.
- Duhalde, Eduardo Luis. 2005. *Contra Mitre. Los intelectuales y el poder: de Caseros al 80*. Buenos Aires: Editorial Punto Crítico.
- Fuente, Ariel de la. 2007. *Los hijos de Facundo. Caudillos y montoneras en la provincia de La Rioja durante el proceso de formación del Estado Nacional Argentino*. Buenos Aires: Prometeo.
- Galasso, Norberto. 1975. *Felipe Varela. Un caudillo latinoamericano*. Buenos Aires: Ediciones Tiempo Latinoamericano.
- 2011. *Felipe Varela y la lucha por la unión latinoamericana*. Buenos Aires: Colihue.
- 2012. *Las proclamas de Felipe Varela. El mitrismo y la “unión americana”*. Buenos Aires: Colihue.
- Halperín Donghi, Tulio. 1982. *Una nación para el desierto argentino*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- 2005. *El revisionismo histórico argentino como visión decadentista de la historia nacional*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.
- Herken Krauher, Juan Carlos y María Giménez de Herken Krauher. 1983. *Gran Bretaña y la Guerra de la Triple Alianza*. Asunción: Editorial Arte Nuevo.
- Koselleck, Reinhart. 1993. *Futuro pasado*. Barcelona: Paidós.
- Ortega Peña, Rodolfo y Eduardo Luis Duhalde. 1967. *Felipe Varela y El Imperio Británico*. Buenos Aires: Teoría
- 1993. *Felipe Varela. Caudillo americano*. Buenos Aires: Colihue.

- Palti, Elías. 2007. *El tiempo de la política. Lenguaje e historia en el siglo XIX reconsiderado*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.
- Paoli, Pedro de y Manuel G. Mercado. 1973. *Proceso a los montoneros y Guerra del Paraguay. Aplicación de la justicia social de clases*. Buenos Aires: Eudeba.
- Pomer, León. 1968. *La guerra del Paraguay. ¡Gran negocio!* Buenos Aires: Caldén.
- 1986. *Cinco años de guerra civil en la Argentina (1865-1870)*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- 2008. *La guerra del Paraguay, Estado, política y negocios*. Buenos Aires: Colihue.
- Potthast, Barbara. 2001. “Residentas, destinadas y otras heroínas: El nacionalismo paraguayo y el rol de las mujeres en la Guerra de la Triple Alianza”. En *Mujeres y naciones. Problemas de inclusión y exclusión*, editado por Barbara Potthast y Eugenia Scarzanella, 77-92. Madrid/Frankfurt am Main: Iberoamericana/Vervuert.
- Potthast, Barbara y Thomas Whigham. 1999. “The Paraguayan Rosetta Stone: new insights into the demographics of the Paraguayan War, 1864-1870”. *Latin American Research Review* 34, 1: 174-186.
- Rivera, Enrique. 2007. *José Hernández y la Guerra del Paraguay*. Buenos Aires: Colihue.
- Rosa, José María. 1965. *La Guerra del Paraguay y las montoneras argentinas*. Buenos Aires: Peña Lillo.
- 1985. *La Guerra del Paraguay y las montoneras argentinas*. Buenos Aires: Hyspamérica.
- Salles, Ricardo. 1990. *Guerra do Paraguai, escravidão e cidadania na formação do exercito*. Rio de Janeiro: Paz e Terra.
- Silveira, Mauro César. 2009. *A batalha de papel: a charge como arma na guerra contra Paraguai*. Florianópolis: Editora UFSC.
- Whigham, Thomas. 2011. *La Guerra de la Triple Alianza, vol. II. El triunfo de la violencia, el fracaso de la paz*. Asunción: Taurus.

Fecha de recepción: 29.06.2018

Fecha de aceptación: 14.02.2019